

Nueva sidra

R.M.

«Nada tan poético y encantador como ver la puesta del sol a través de un vaso de sidra». Quien esto escribió era un profundo conocedor de nuestro pueblo, de sus aficiones, de sus virtudes y sus vicios. Era *Marcelino Soroa*.

Llega la época de probar la sidra nueva. Cae un aguacero y sale el arco iris, brotan hongos y setas en la tierra húmeda y fértil. Y entonces surge nuevamente el poeta. «Y esa brisa que suspira/ y acaricia nuestra frente/ con su perfumado ambiente/ ¡con qué deleite se aspira!/ (y la sidra si es decente)».

El degustar la nueva sidra es más que una costumbre, un rito. A los caseríos que han ganado fama de tener «bonita» sidra, van a probarla los que alardean de ser buenos conocedores de ese «zumo de oro del pecado original» como lo calificó *Felipe Sassone*. La mayoría se acercan a las cupe-las a título particular, otros van en comisión, los que representan a una sociedad popular y tras probar media docena de sidras encargan unos miles de botellas.

Son los más exigentes, pues si compran una sidra que luego no alcance el «sobresaliente» en la sociedad, la vergüenza les espoleará la conciencia y las bromas de los amigos les azotarán el rostro.

«¡Bonita, bonita!» suele ser el comentario que hacen los degustadores cuando prueban una sidra que les gusta. ¿Cómo eran estas agradables tareas de degustación y elección de la sidra hace un siglo? Lo describió un periodista en 1897 en «La Unión Vascongada».

Decía que «ante la cuba, con su espita inagotable y su hermosa servidora, fresca y templada, rebotante de salud y radiantes colores, que atiende a las demandas, centenares de bebedores acuden impacientes: un vaso y otro vaso, y una «perra» y otra «perra»; el líquido espumoso, con su transparencia de perla y su color de caramelo, pasa pronto de la pipa al vaso, y del vaso a las ocultas bodegas de cada uno, y el modestísimo cobre, en goteo incesante, va trasladándose desde los bolsillos de todos al regazo de la casera, que reúne en su delantal el producto de la venta, alumbrándose con una luz temblorosa y confiando en la honradez de los consumidores, que más de una vez le requieren «para que cobre».

Tenía su encanto el beber la sidra al pie de la cuba y más «cuando entre viaje y viaje al rincón de la cuba, se hace parada en la cocina y se ameniza el descanso con algún guiso agradable, hecho en hornillo de campaña, en fogata de vivac, y saboreado en bullicioso corrillo, sobre el verde mantel del césped o la inquieta mesa de algún tablón mal sujeto».